

El título de este escrito sonaría a un antiguo romano casi como una perogrullada: "*traditio est traditio*", la tradición es siempre una traición, tal es la sabiduría que nos transmite la etimología latina de ambas palabras (la etimología, esa otra ciencia de las tradiciones -y de las traiciones a los sentidos primeros-). Pero entre nosotros sí hay que justificar tal tautología. ¿No son las tradiciones -y los tradicionalistas- quienes se reclaman fieles a sus raíces y su terruño? Y los que olvidan las tradiciones, ¿no serían ellos los descarriados traidores ignorar de su identidad que creen que tras tamaña deslealtad a los suyos pueden aún habitar en ese desarraigo felón llamado "cosmopolitismo"? De filósofos comunitaristas a políticos patrioterros, de artistas clasicistas a creyentes conservadores, la acusación de "defraudar a los propios ancestros o hermanos" recorre siempre la vía que parte desde ellos hacia quienes creen (creemos) poder pensar sin ligarnos a un grupo concreto, actuar sin un sentimiento especialmente intenso de "nosotros", disfrutar sin haber reasumido toda la actividad estética pasada, y buscar sin compromisos con opinión alguna anterior.

Y, sin embargo, primera paradoja (*etimológica*) de nuestras seis, es precisamente la tradición (de la etimología) la que se obceca en advertirnos de que no hay traición más propiamente llamada que la tradición: *traditio est traditio*.

La tradición se propone mantener y repetir lo que en el pasado se hizo y se repitió. Mas (y he aquí la segunda paradoja, llamémosla *kierkegaardiana*): La misma necesidad de repetir concede implícitamente que lo que estuvo en el pasado ya se extinguió; que si no fuese pasado, sino presente, no haría falta repetirlo (ya estaría entre nosotros); en reconociéndolo como pretérito, se lo admite también como mortal, ido con el aniquilador transcurso del tiempo, como lo que ya nos abandonó. Y, empero, a la vez que se le reconoce su finitud y su huida, se pretende que esté entre nosotros aún, tratándolo de reiterar continuamente.

La tradición, para serlo, ha de ocuparse de lo que ya no está pero todavía está, hacer uno de lo pasado y de lo presente. La tradición queda, pues, como paradoja que pretende abolir el tiempo; pero el tiempo no se deja revocar, y la tradición se engaña, se (y nos) traiciona fingiendo ser capaz de tachar a Cronos así.

Hay más traiciones que comete la tradición. La tradición es antónimo de lo inventado, de lo artificial, de lo creado *ex nihilo*. Pero, aparte de la constatación de que entonces toda tradición oculta un pecado original (pues alguna vez ella fue también artificiosa, inventada: alguna vez ella también nació y fue anti-tradicional, mató a su padre y ahora se desgaña para vetarnos el crimen de Edipo); aparte de esta tercera paradoja, digo, recientemente las ciencias sociales nos han desvelado que casi todo lo que creíamos ancestral y pretérito no es más que novedosos productos a los que un marketing eficaz ha barnizado con verosímiles pátinas de pureza atávica. Es lo que Hobsbawm llamó *La invención de la tradición* (otro oxímoron). Las corridas de toros que los andaluces, según Alberti, llevan en las venas, y que Unamuno retrotrajo al "cavernario bisonte" ibérico, en realidad no existen en su forma reconocible desde hace más de cinco generaciones -no antes de Paquiro, en todo caso-. El genuino *kilt* escocés, seña egregia de los británicos del norte, no es más venerablemente antiguo que la progresista Revolución Francesa; el euskara, lengua tan añeja según algunos como el malogrado *Neanderthal*, no sirve para la comunicación más que en su versión *batua*, de edad equivalente a la de quien esto escribe. Nuestros abuelos inventaron la hispana tradición de comer uvas al son de las últimas campanadas del año, y nuestros padres empezaron a cantarse el *cumpleaños feliz*.

Son la tercera paradoja (la *edípica*) y la cuarta (la paradoja de *cuán joven eres aunque no lo pareces*) de las tradiciones. Una quinta nos acecha como añagaza, la traición o paradoja *tradicionalista*, que reza así: ¿No es acaso el mismo "tradicionalismo" una corriente

de pensamiento que sólo se engendra a partir del momento europeo de la Modernidad? Antes del siglo XVIII, e incluso después de él, las tradiciones vivían ignorantes de sí mismas, ajenas a toda teoría sobre su propia necesidad (pues la teorización y el autocuestionamiento que ésta presupone son justamente lo opuesto a la inercia de lo tradicional). Como ha demostrado pulcramente Gellner, suelen abogar los tradicionalistas por una tradición que ellos contemplan como terceros, y construyen una teoría intelectual malgré soi (ya que precisamente su tesis es abominar del intelectualismo); en fin, las teorías tradicionalistas son cualquier cosa menos tradicionales, se avienen mejor a la categoría de fenómenos modernos y racionales. El tradicionalismo vocinglero traiciona a la callada tradición.

Nuestra última traición es la paradoja contextualista: imaginemos a un tradicionalista modernísimo que defiende una costumbre de invención traicioneramente reciente; y supongamos que tiene éxito (lo que hoy a menudo sucede) y consigue implantarla, sea ésta los ritos druidicos en zonas de pretérito influjo celta, o dialectos semiolvidados en zonas que ahora se comunican en lenguas internacionales, o vetustas danzas populares interpretadas por mozos pagados con un emolumento con que más tarde comprarán el acceso a una discoteca tecno; en todos estos logros del tradicionalismo que ve cómo su presión (y de presión a opresión hay sólo una letra de diferencia) reverdece el digno árbol de los antepasados, ocurre que, si uno se detiene, atento, cabe atisbar cómo la tradición esboza una sonrisilla sardónica, testigo de su enésima felonía. Pues en todos los casos en que la tradición parece recuperarse, lo que ocurre es que el ámbito en que lo hace ha cambiado tanto que ya nada, ni ella misma, es lo mismo. El uso de algo es su significado, diríamos con Wittgenstein, y un rito druidico que usan ejecutivos de la City para librarse del estrés poco tiene que ver con lo que quiera que hiciesen los

prehistóricos gaëls de Hibernia conmemorando el ciclo de la vida, aunque lograsen los primeros imitar a los segundos milimétricamente en cada paso de sus bailes. No es lo mismo la danza espontánea de los habitantes del Campo Charro en el siglo pasado para celebrar la boda de unos paisanos, que subirse hoy a un autocar con aire acondicionado para irse con los compañeros de la asociación de baile charro a zapatear sobre una tarima del Palau de la Música i Congressos valenciano. No es lo mismo hablar campechanamente el dialecto de toda la vida, que afanarse perifrásicamente en la escabullida ante cualquier término sospechoso de cuna foránea.

En fin, ésas son seis de las traiciones que perpetra la tradición. Mas no quisiéramos que al denunciarlas pareciese que perseguimos denigrar lo tradicional. Somos del convencimiento de que la traición es tan ineludible y astuta que, incluso si pretendemos ignorar a la tradición, no haremos sino engañarnos: no hay peor prejuicio que creerse libres de prejuicios, como diría Gadamer. Siempre traicionaremos a aquello a lo que creemos ser fieles, seamos tradicionalistas o antitradicionales: se nos deslizará donde menos supondríamos o la innovación o el prejuicio tradicional. Nuestra condición no deja de asemejarse a la de otros famosos traidores: Audas, Ditalcón y Minuros, aquellos tres lusitanos que asesinaron a su caudillo Viriato sobornados por los conquistadores romanos. Creyendo haber sido fieles así a la República romana, de la que esperaban recompensa, el cónsul Cepión tuvo que aclararles el equívoco: al vender a Viriato habían traicionado también el honorable Derecho Romano ("Roma no paga a traidores"), y pasaron a ser condenados por felonía. Para aquellos infaustos renegados, haber desertado de su compatriota Viriato fue como traicionar a la forastera Roma; pero si finalmente no hubiesen defraudado a su jefe, tampoco por ello habrían sido leales a Cepión. A la traición, como a la tradición, no se la puede esquivar.

Miguel Ángel Quintana Paz filósofo en la Universidad de Salamanca. Pertenece al Instituto para la Cultura Política (Lima) y al Seminario d'Estética y Semiótica (Universidad de Oviedo).